

la Virgen, que tenía delante.—Vais á Montreal á hacer ostentación de las munificencias de vuestra misericordia; y al partir ¿queréis dejar abandonado á su pobre fundador? Si queréis devolverme la salud para que haga penitencia, publicaré en todas partes vuestra bondad y procuraré con todas mis fuerzas la construcción de vuestra capilla.—Pronunciadas estas frases, quedé sin dolor ni miedo á la enfermedad, y poco después, sin medicina de ninguna especie ni ayuda de la naturaleza, me encontré de repente curado». Y la curación fué radical; pues el barón murió en honrosa vejez y en olor de santidad. El señor Fancamp hizo colocar la imagen, que tenía ocho pulgadas de altura, en elegante nicho de madera adornado con delicadas esculturas de relieve y enriquecido con piedras preciosas, y la entregó á la hermana Bourgeois junto con trescientos doblones de oro con que contribuía á la fábrica de la capilla. La religiosa, rebotando alegría, porque veía en esto feliz augurio del resultado de su empresa, salió para el Havre, donde debía embarcarse.

Á su llegada á la Ciudad de María, ansiosa de que su protectora y abogada fuese honrada, colocó la estatua en el oratorio de madera que había hecho construir antes de su partida á Francia. Allí acudieron por muchos años los colonos á rendir homenaje á su Reina y á pedirle favores. «Este pequeño oratorio, escribe un cronista de aquellos tiempos, es tan devoto, que el pueblo acude allí como á seguro asilo en todas sus necesidades. Se han verificado muchísimas curaciones de alma y cuerpo, que se creen milagrosas».

Había llegado el año 1673, y la capilla comenzada en 1657 no pasaba de flor de tierra. Se decidió Sor Margarita á coronar la obra. Al pedir autorización al Vicario general de Quebec, bajo cuya jurisdicción estaba Montreal, éste le contestó: «Veó con gran júbilo de mi

corazón que trabajáis con celo por la propagación del culto de la Santísima Virgen. Apruebo el plan de erigir una capillita cerca de la ciudad que pueda ser visitada fácilmente para honrar á tan buena Madre».

## V

## CONSTRUCCIÓN DE LA CAPILLA

En 1675 hubo recursos suficientes para empezar el edificio. Los trescientos doblones del barón de Fancamp, puestos á rédito, se habían convertido en el doble. La hermana Bourgeois había colectado de limosna dos mil libras, á las cuales añadió ciento de las economías de su comunidad. Los sacerdotes del Seminario intentaban sufragar los demás gastos.

El 27 de Junio del citado año, después de cantar las segundas vísperas de los santos apóstoles Pedro y Pablo, se encaminó una solemne procesión al lugar destinado á la capilla, y el Rector del Seminario colocó la cruz, bendiciéndose al día siguiente la primera piedra. Dos gracias obtuvo del Prelado la buena Sor Margarita; que la fiesta patronal del santuario se celebrase el 15 de Agosto, en que la Santísima Virgen subió gloriosa en cuerpo y alma á los cielos, y que el santuario fuese siempre una vicaria de la parroquia de la ciudad. Sin tardanza se procedió á levantar el edificio. El celo de la fundadora se comunicó á los demás habitantes, á los obreros y á sus propias hijas. Como todos contribuían con su óbolo y su trabajo de manos, el templo avanzaba con actividad. Las mismas religiosas, al concluir sus tareas de las clases, se complacían en ayudar á los trabajadores. Era en miniatura un espectáculo semejante al delirante entusiasmo de los pueblos de la Europa cristiana para la construcción de

las espléndidas catedrales de la Edad media. Es grato y útil trabajar por Dios. Él, que ha prometido no dejar sin recompensa el vaso de agua dado al pobre en su nombre, ¿qué no dará por las gotas de sudor ó por las lágrimas vertidas en honor de su Madre? Sin duda que las convertirá en perlas, que engastará en las coronas de sus escogidos por toda la eternidad.

Abierta la capilla de Nuestra Señora del Socorro á la piedad de los colonos, los sacerdotes del Seminario empezaron á celebrar el augusto sacrificio de los altares, cediendo gustosos los estipendios para contribuir al decorado interior. «Todos los días se celebra una ó varias veces la santa misa, dice una religiosa contemporánea, para satisfacer la devoción y la confianza de los pueblos. Allí se va en procesión cuando se quieren obtener gracias espirituales ó temporales, y también en las calamidades públicas, y siempre con éxito. Es el paseo obligado de las personas piadosas de la ciudad. Pocos católicos habrá en todo el Dominio del Canadá, que en los peligros no hagan votos ú ofrendas á esta capilla».

Los asaltos frecuentes de los iroqueses contribuyeron no poco para que aumentase la confianza de los peregrinos. Más de una vez los habitantes de Montreal atribuyeron no recibir daño á Aquella que miraban como su salvaguardia. Sesenta años hacía que las generaciones venían honrando de esta manera á Nuestra Señora del Socorro en su piadoso santuario, exponiéndole sus necesidades, recomendándole sus empresas, depositando sus lágrimas en el Corazón de esa dulce Madre, cuando un furioso incendio redujo á pavesas el santuario y gran parte de la ciudad. Á causa de estar entonces el país en guerra con Inglaterra, los fieles no podían hacer otra cosa que llorar sobre aquellas tristes ruinas. Mas el cielo no quiso dejarlos sin un consuelo. Cuando examinaron los montones de ruinas para observar si había algo esca-

pado del desastre, tuvieron el inefable gozo de encontrar entre los calcinados escombros enteramente ilesa la querida imagen de Nuestra Señora del Socorro.

## VI

## SEGUNDA CAPILLA Y NUEVA IMAGEN

Extenuado por la guerra y el hambre, diezmado por las enfermedades y aplastado por el número, el Canadá pasó al dominio de la Gran Bretaña. Días amargos y luctuosos eran aquéllos para pensar en reconstruir la capilla de Nuestra Señora del Socorro, y para colmo de desgracia un nuevo incendio en 1768 abatió grandemente los ánimos. Todo parecía conjurarse para que el santuario de la Madre de Dios quedase largos años en proyecto; sin embargo el día estaba cercano. Habiendo querido el gobierno inglés apoderarse del terreno de la capilla para edificar cuarteles, la población se conmovió hondamente. No menos afligidos con esta determinación el párroco y el rector del Seminario, convocaron á asamblea á los mayordomos de fábrica; y unánimemente acordaron que no podían desprenderse de un bien y posesión de la Iglesia y que se hiciesen respetuosas observaciones á la autoridad política, de que se trataba de levantar la capilla de Nuestra Señora del Socorro, tan querida de la ciudad. Esta valiente protesta surtió efecto, y fué recibida con benevolencia por el jefe. Se trazaron los planos, se abrieron suscripciones, y el Seminario cedió terreno para que se ensancharan las dimensiones del templo. Por fin, el 29 de Junio de 1771, aniversario de la primera dedicación, se bendijo y colocó la primera piedra del segundo templo, en la cual se introdujeron medallas de plata, que en el anverso ostentaban el busto de Clemente XIII, que gobernaba la Igle-

sia católica, y en el reverso llevaban grabada esta inscripción: *D. O. M. Beatae Mariae Auxiliatrici, sub titulo Assumptionis.*

Tanta prisa se dieron los arquitectos y tan abundantes fueron las limosnas colectadas, que después de dos años cabales, es decir, el 29 de Junio de 1773, se hizo la bendición solemne entre las aclamaciones del pueblo.

Apenas abierto este nuevo santuario, se hizo el centro obligado de las romerías de los católicos, tanto de la ciudad como de los campos. Tenían singular complacencia en asistir en ella al augusto sacrificio. Las gracias singulares obtenidas por unos, estimulaban á los demás á confiar sus penas y necesidades á la que es Auxilio de los cristianos. Los exvotos suspendidos de las paredes atestiguan con muda elocuencia que no en vano se excitaba la confianza de los fieles.

Así seguía prosperando el culto de la Virgen del Socorro, cuando en una fría mañana de invierno de 1831, una desgracia irreparable llenó de consternación á la ciudad de Montreal.

Tentadas por la codicia, favorecidas por la soledad de la capilla, manos sacrilegas se atrevieron á forzar la puerta del santuario; y subiendo las gradas del altar, quitaron de su trono la imagen milagrosa y la diadema de brillantes que ceñía su cabeza. Todas las diligencias practicadas para encontrarla fueron infructuosas. Un sacerdote piadoso, al tener noticia del atentado, lanzó este grito de dolor: *¡Desgraciada ciudad, este crimen no quedará impune!* Su palabra fué profética, vinieron disensiones civiles, que llenaron de luto y de lágrimas el país; el cólera morbo diezmo la población é hizo innumerables víctimas y nubes de insectos talaban los campos y arruinaron el comercio. En 1847 apareció el tifus, que atacó á millares de personas. Incontables sacerdotes y religiosos habían caído ya víctimas de su celo. El

Obispo y su coadjutor estaban entre la vida y la muerte. Los desgraciados no tenían á quien acudir, pues el santuario de Nuestra Señora había quedado como desierto. Entonces Monseñor Bourget, después de haberse ofrecido como víctima de su grey, cual otro San Carlos Borromeo, hizo voto de renovar la peregrinación al santuario de Nuestra Señora, ofrecerle nueva estatua y un cuadro que representase á la Virgen disipando la peste de la ciudad. Apenas hecha esta ardorosa plegaria, fué escuchada benignamente, y el piadoso prelado se afaná por cumplir su voto.

Y como si este exvoto no fuese suficiente para la piedad y gratitud de los fieles, poco después se hizo á la Santísima Virgen una demostración como jamás había presenciado Montreal. Monseñor Bourget quiso que coronase la cúpula del santuario una estatua de Nuestra Señora del Socorro que mirase al San Lorenzo en actitud de cubrir bajo las alas de su valioso patrocinio á los navegantes. Con este fausto motivo se organizó procesión solemnisima por el río. Todas las naves se empaquesaron. Los pabellones de diversas naciones rendíanse ante su Reina. El clero, presidido por el Obispo, entonaba cantos litúrgicos. Dos días más tarde los habitantes podían contemplar admirados la hermosa imagen destacándose en los aires y dominando los campos y el río.

No debía detenerse aquí este entusiasmo por María. Poco tiempo después se celebró otra fiesta incomparable. Habiéndose adquirido en París nueva imagen que reemplazase á la robada, luego de haber sido bendecida en el templo de Nuestra Señora de las Victorias, fué trasladada á Montreal; y Monseñor Bourget convocó á todos los católicos para hacerle digno recibimiento. La voz del Prelado no se perdió en el vacío. Desde la parroquia fué conducida en andas llevadas por sus congregantes

y acompañada de millares de corazones que le estaban consagrados. En medio de indescriptible júbilo se la colocó en su trono donde cada semana la visitaban centenares de peregrinos.

El 21 de Mayo de 1848, Monseñor Bourget tuvo el inefable consuelo de coronar la milagrosa imagen en nombre de Pío IX. Las augustas ceremonias fueron realizadas por la presencia de dos Obispos más y de una muchedumbre de fieles ebrios de entusiasmo por ver engrandecida á la que consideraban baluarte y refugio de la ciudad. Con este motivo se instituyó una cofradía que pronto llenó su registro con largas listas de asociados. Varios Obispos del Dominio del Canadá consagraron sus diócesis á Nuestra Señora del Socorro, y en brillantes pastorales recomendaron las peregrinaciones á sus feligreses.

Cada vez que una epidemia ó calamidad aflige á la ciudad de María, corren los católicos al santuario de Nuestra Señora del Socorro, y jamás se elevan en vano sus súplicas al cielo. Muchas veces la Señora ha salvado á su pueblo.

## VII

### RESTAURACIÓN DEL SANTUARIO

El 15 de Octubre de 1882 la ciudad de Montreal se sintió conmovida por un proyecto presentado á la Municipalidad. Se trataba de expropiar el terreno y la capilla de Nuestra Señora del Socorro á fin de alinear las calles y construir allí la estación central del ferrocarril del Pacífico. Al punto el Obispo, el Seminario, la prensa católica y protestante clamaron contra el proyecto. En nombre de la religión y de la ciencia histórica protestaban elocuentemente contra esta profanación de los

recuerdos y reliquias del pasado. «¿Sabéis, decía un ilustre escritor, de cuántos males esta pequeña iglesia ha preservado y preserva aún á la grande, rica y soberbia ciudad? *No toquéis á la Reina*, se dice en alguna parte. Pues bien, no toquéis á la Reina del cielo, diré yo á los poderosos del día, á los adoradores de la piedra tallada y de la línea recta. Os conjuro que no toquéis á la Reina. Si lo hicieréis, os arrepentiréis». Las valientes protestas surtieron efecto. La Municipalidad por voto unánime acordó que la compañía ferroviaria construyese en otro sitio la estación.

Entonces los católicos de Montreal, y en especial los sacerdotes del Seminario de San Sulpicio, que habían recibido de sus mayores este monumento como en depósito sagrado, resolvieron embellecer y restaurar el venerable santuario, donde tantos corazones heridos y almas atribuladas habían ido á buscar consuelo, luz y perdón en tiempos de guerras y epidemias. Una dificultad parecía iba á oponerse á la realización del proyecto. ¿Dónde encontrar un varón de talento y energías que quisiera afrontar operación tan delicada, que idease los planos y recogiese la fuerte suma que se necesitaba? ¿Cuál sería el alma tan amante de María, que se encargase de tan espinosa obra?

La Providencia divina sin embargo deparó para ella á un hombre de peregrino ingenio y de exquisita bondad; al sacerdote de la sociedad de San Sulpicio, D. Hugo Rolland Lenoir. Originario del Canadá, vástago de ilustre familia, hizo en su patria el estudio de las ciencias, y pasó á Francia, donde ingresó entre los sacerdotes de San Sulpicio. Habiendo vuelto á Montreal, edificó el más hermoso templo que adorna la ciudad, dedicado á Nuestra Señora de Lourdes. En 1885 fué nombrado capellán del Socorro, destino que siempre desempeñaron los sacerdotes sulpicianos. Apenas se hizo cargo de la

capilla, empezó la obra de su restauración y embellecimiento. Principió por el interior, rehaciendo la cúpula y enriqueciéndola con pinturas al fresco, que reproducen varios episodios de la historia del santuario. Construyóse nuevo y elegante altar mayor y se añadieron dos colaterales. Todo, hasta la claraboya, experimentó graciosa transformación. Nuevo pavimento y nuevos bancos de elegante forma reemplazaron á los antiguos. Como el frío del invierno es intensísimo en Montreal, pues el termómetro suele marcar 35 y 40 grados bajo cero, llegando la solidez del hielo á permitir la construcción de un ferrocarril, se dispuso un aparato de calefacción de los sistemás más modernos. Sólo quedaron intactos los viejos muros, testigos de tantas lágrimas y de tantas plegarias.

En el exterior se ejecutaron obras más considerables, y con el mismo buen gusto. La fachada fué casi renovada del todo, aunque se procuró conservarle el estilo propio; las paredes recibieron nueva capa de cemento, y se las reforzó con columnas de piedra y arcos de hierro. Se derribó el techo, y se le hizo de materiales más ligeros. Se elevó la torre añadiéndosele dos torreonnes que producen fantástico efecto.

Sobre la misma capilla se levantó otra capillita, que sirve de pedestal á una esbelta estatua de la Virgen que mira al río y tiende los brazos á los navegantes, pues la que había puesto más baja Monseñor Bourget había desaparecido. Parece que María sube á ocupar su trono en el cielo; y para que la perspectiva sea más semejante, se la ha rodeado de ángeles. También están al pie de la Señora pequeñas estatuas de las virtudes de la fe, esperanza y caridad, que la ayudan á subir al paraíso. El viajero que desde el San Lorenzo divisa la cúpula dorada y el argentino grupo de ángeles, exclama: «ése debe ser el santuario de María». Un capitán de Stemboat,

protestante, decía: «Jamás entro en el puerto sin saludar á la Señora». El 9 de Septiembre de 1894, fiesta del dulcísimo Nombre de Maria, fué solemnemente inaugurado el monumento por Monseñor Fabre, Arzobispo de Montreal. Se calcula en veinte mil el número de personas que presenciaron la ceremonia.

El 30 de Mayo de 1899, el Señor Lenoir fué á recoger ante Dios el premio de sus fatigas. Entre tanto la capilla del Socorro sigue siendo el sitio preferido por las almas piadosas para visitar al Santísimo Sacramento, recorrer el Via Crucis y rezar el Rosario. El labrador antes de ir al mercado, y el obrero antes de empezar sus faenas, no dejan de saludar á su Madre y pedirle su bendición.

*Autoridades.*—*Histoire de Notre Dame de Bon Secours à Montreal* par l'abbé. J. M. Leleu, Montreal, Cadieux et Derome, 1900: libro hermoso é interesante.—*Manuel du pèlerin de Notre Dame de Bon Secours*, par le R. P. Martin, S. J.—*Memoires pour servir à l'histoire de l'église d'Amérique*, par Monsieur Daniel, prêtre de Saint Sulpice.

Debo manifestar mi gratitud á Monseñor José Tomás Duhamel, Arzobispo de Ottawa, por haberme favorecido con noticias exactas y una preciosa Pastoral publicada por Su Señoría Ilustrísima, en 1899.